



Ciencias Políticas y Sociología, Psicología, Ciencias de la Información..., abriéndose últimamente a la Informática y a otras Escuelas técnicas. La Teología y el Derecho Canónico han ocupado, y ocupan, en la conciencia de la Universidad un puesto central, no sólo por haber sido el germen de la institución académica, sino también por la misma concepción de su quehacer en el marco de la misión de la Iglesia. La Teología desempeña una función orientadora en el diálogo fe-razón y en la síntesis de los diversos saberes sobre el hombre. El número de alumnos en el curso 2000-2001 se aproximó a 12 mil; de los cuales estudiaron en los centros propios de Salamanca y Madrid casi 10 mil, y el resto en centros vinculados. Numerosos Centros de Estudios Teológicos de las diócesis y Órdenes religiosas –desde Santiago de Compostela a Murcia, desde Badajoz a Pamplona–, y en los últimos años bastantes Institutos Superiores de Ciencias Religiosas, han buscado en el UPS patrocinio y apoyo, fortalecimiento y acicate para garantizar un nivel alto de exigencia y calidad.

La UPS es una universidad según la define la Carta Magna de las universidades europeas, y es también universidad católica, según la caracteriza la Constitución Apostólica *Ex corde Ecclesiae*. Es auténtica universidad, es decir, comunidad académica que de modo riguroso cultiva la herencia cultural, y la incrementa por la investigación, la docencia y los servicios ofrecidos a la sociedad. Y es universidad católica por la inspiración cristiana individual y colectiva, por el diálogo fe-cultura, por la fidelidad al mensaje cristiano como es presentado

por la Iglesia, y por el esfuerzo institucional para orientar la reflexión hacia la meta trascendente que da sentido a la vida. En su ámbito se respeta simultáneamente la libertad de cátedra, la libertad religiosa, las legítimas opciones políticas y la identidad católica. Todos los profesores se comprometen a respetar y promover el carácter propio de la Universidad.

La UPS es consciente de la confianza que se le otorgó y de la responsabilidad que se le pide, cuando la Conferencia Episcopal Española la ha hecho especialmente suya. Como universidad, colabora en las tareas culturales, sociales y evangelizadoras de la Iglesia en España; presta a las diócesis múltiples servicios; y, por la relación especial entre Conferencia Episcopal y Universidad, han acudido muchas instituciones eclesiales y sociales a la UPS buscando apoyo y estímulo. Esta relación singular con la Conferencia Episcopal no le impide, más bien la impulsa a una colaboración fraternal con las demás universidades católicas de España. La pastoral universitaria forma parte integrante de la estructura y objetivos de la Universidad. Ofrece a profesores y a alumnos un ambiente propicio para la profundización en la Palabra de Dios, para la reflexión cristiana, para las celebraciones litúrgicas, para el cultivo de la sensibilidad social y de la justicia. Desarrolla estas actividades en colaboración con el obispo diocesano.

He aquí algunos rasgos que describen la Universidad Pontificia de Salamanca.

Monseñor Ricardo Blázquez

Gran Canciller UNIVERSIDAD DE NAVARRA

Nuestra Universidad, para ser fiel a lo que este nombre significa, cultiva la espléndida variedad de los saberes, con el deseo de acrecentarlos y de prestar a la sociedad un servicio real y efectivo, que es en definitiva el servicio de la verdad que libera, que salva: *Veritas liberabit vos*. Queremos empeñarnos en la tarea diaria de construir una ciencia madura y orgánica rigurosamente establecida; equilibrada y contrastada en el esfuerzo de síntesis; limpia de actitudes reduccionistas, apartada de las deformaciones ideológicas y libre de los prejuicios impuestos por las modas intelectuales.

Cada disciplina contribuye, de manera propia, a la perfección de las personas y de la sociedad. Esa aspiración común lleva a que todos los conocimientos puedan y deban relacionarse e intercambiar aportaciones, sin perder por eso su peculiar fisonomía y sin desvirtuar sus presupuestos y sus métodos propios. La Universidad de Navarra desea que sus alumnos, además de lograr una capacitación profesional que les permita prestar un competente servicio a la sociedad, se beneficien del diálogo interdisciplinar, para que –dentro de las limitaciones humanas– puedan alcanzar su propia síntesis vital. Y aspiramos a que, empapados de espíritu universitario y cristiano, capten un ideal auténtico de excelencia humana y puedan seguir ejemplos adecuados para desarrollar su vida con rectitud y espíritu de servicio.

En estos momentos de la Historia, la Humanidad es particularmente consciente de sus límites, y aspira con afán a cambios profundos y radicales. La más reciente experiencia del siglo nos hace ver que los acontecimientos que no se apoyan en una sincera búsqueda de la verdad, son no sólo baldíos sino, en última instancia, trágicos. Frente a todo esto, la generación actual no se resigna al desencanto y a la mera aceptación de la herencia cultural que ha recibido, sino que desea encontrar un fundamento y un camino para la esperanza auténtica. Ese camino y ese fundamento no pueden ser otros que la búsqueda sincera de la verdad, porque, en palabras del Beato Josemaría, fundador del *Opus Dei*, «la verdad es siempre, en cierto modo, algo sagrado: don de Dios, luz divina que nos encamina hacia Aquel que es la Luz por esencia».

La institución universitaria, cumpliendo su propia misión, contribuye eficazmente a transformar y mejorar desde dentro la sociedad. Afirmar que la universidad está para servir a la verdad, supone optar por una revolución que puede parecer lenta, pero que es, en definitiva, la única eficaz y profunda. No hay realismo mayor que el empeño diario basado en la esperanza e informado por el amor. El mensaje del Evangelio, que lleva a su plenitud la gran tradición que abre el Génesis –*Jahvé miró el mundo y vio que era bueno*–, impulsa a un amor manifestado en obras. Un amor hacia la bondad originaria de todos los seres creados y que reconoce en todo hombre, en el hombre concreto que está a nuestro lado, su estupenda dignidad de imagen de Dios. A la universidad, institución dedicada a la formación integral de hombres y mujeres responsables, le corresponde realizar una mediación eminente en el orden cultural, científico, entre los grandes ideales y su actualización efectiva. Esa plasmación depende del esfuerzo, de las diversas generaciones humanas, para encarnar la verdad acerca de Dios y del hombre en la propia coyuntura histórica. Y este fin no se alcanza con declaraciones grandilocuentes, sino en una multitud de tareas sencillas, silenciosas, aparentemente modestas, que exigen honradez humana e intelectual, solidaridad, iniciativa, espíritu de colaboración, esfuerzo; es decir, un alto grado de virtud, de desprendimiento de sí, de magnanimidad, de entrega a los demás. Los que trabajan habitualmente en la



Universidad, en Navarra y en otros muchos lugares, saben bien qué frutos tan hondos y qué huella tan nítida produce una ética de servicio. Una ética que enseñe a los hombres a cumplir acabadamente su trabajo y a buscar honrada y continuadamente el bien de las personas y de las colectividades. En una homilía que el Beato Josemaría pronunció en este campus, hace treinta años, se refirió a las palabras de san Pablo: «Ya comáis, ya bebáis, hacedlo todo para la gloria de Dios». Y añadía: «Esta doctrina de la Sagrada Escritura os ha de llevar a realizar vuestro trabajo con perfección, a amar a Dios y a los hombres al poner amor en las cosas pequeñas de vuestra jornada habitual, descubriendo ese algo divino que en los detalles se encierra». Y de ahí sacaba la clara conclusión de que, hasta «lo más intrascendente de las acciones diarias», puede rebosar de «la trascendencia de Dios. Por eso os he repetido, con un repetido martilleo, que la vocación cristiana consiste en hacer endecasílabos de la prosa de cada día». Y así terminaba el fundador del *Opus Dei*: «En la línea del horizonte, hijos míos, parecen unirse el cielo y la tierra. Pero no, donde de verdad se juntan es en vuestros corazones, cuando vivís santamente la vida ordinaria».

Alentados por este espíritu, que proclama la grandeza de la vida cotidiana, los miembros del Claustro de la Universidad de Navarra han de apostar, decididamente, por la fuerza transformadora del trabajo hecho con amor y con altitud de miras; por la capacidad de regeneración social que encierran los lazos familiares; por el aprecio a la libertad y a la responsabilidad personales; y por la eficacia social de un vivo sentido de la solidaridad humana, con especial atención a los más necesitados. Como Gran Canciller, siento el deber de recordar estos ideales a todos los que participan en las tareas universitarias, cualesquiera que sean sus creencias; que respetamos, porque amamos y defendemos la libertad de las conciencias. Con el pensamiento en el Beato Josemaría, me complace subrayar que el mensaje cris-

tiano sobre el valor santificable y santificador del trabajo humano y de la existencia cotidiana es una de las respuestas adecuadas a los mejores anhelos de las personas y de las sociedades.

Monseñor Javier Echevarría
Gran Canciller

UNIVERSIDADES SAN PABLO-CEU Y CARDENAL HERRERA-CEU

Conforme la Constitución Apostólica *Ex corde Ecclesiae*, son consideradas universidades católicas distintos tipos de universidad, diferencias marcadas por su forma de creación y naturaleza jurídica, si bien todas ellas participan de una unidad esencial que le es propio por su pertenencia, de uno u otro modo, a la Iglesia, y es la «tarea privilegiada de unificar existencialmente en el trabajo intelectual dos órdenes de realidades que, muy a menudo, se tiende a oponer como si fuesen antitéticas: la búsqueda de la verdad y la certeza de conocer ya la fuente de la verdad».

Las universidades católicas son portadoras originarias de lo más genuino de toda universidad, la búsqueda, descubrimiento y transmisión de la verdad desde una auténtica comunidad de vida constituida por los estudiantes y sus maestros. Desde esta fidelidad a lo más originario y común de toda institución universitaria, las universidades católicas pueden evitar caer en la tentación de convertirse en meras escuelas de formación profesional, cualquiera que fuese su nivel de exigencia, o en pretendidos lugares de posible apostolado donde no se den los requisitos y condiciones de una verdadera vida intelectual al servicio del saber.

Las universidades católicas juegan un papel importantísimo en la sociedad actual, y éste no es otro que generar espacios de libertad donde todo hombre es llamado a culminar su proceso educativo de integral humanización. Proceso que, surgido en el pen-

samiento griego, culmina y propone esta formación desde el Hombre en su plenitud que es Cristo. En este sentido, la universidad católica propone un lugar donde el sujeto pueda encontrar a alguien en quien confiar su apetencia para encontrar el significado de la realidad, ese alguien no es otro que el conjunto de testigos que forman la universidad, constituyendo una verdadera tradición en la forma y modo de proponer el saber como un todo que, aunque formado por conocimientos parciales, no pierda su unicidad y finalidad, características que hacen del saber un verdadero bien ante el que la persona, en uso de su libertad, dispone o no de su afecto hacia el mismo.

El reto de las universidades católicas es mantenerse fieles a su naturaleza, de tal modo que las distintas transformaciones que se producen constantemente no la hagan perder lo más genuino y originario de su propuesta educativa. Lo que no significa que no esté atenta a dichas transformaciones para afrontarlas, sabiendo qué es lo que realmente aportan, tomando lo mejor de ellas. La universidad católica debe seguir siendo foco que alumbré a la sociedad y que asuma el bello y urgente reto de un diálogo verdadero con la cultura de nuestro tiempo. Las universidades católicas tienen la importante obligación, ante el futuro, de seguir defendiendo y ampliando la libertad de educar, como derecho esencial de las personas, que no del Estado, y encontrar formas de financiación que hagan posible que las ayudas se destinen a los alumnos para que, de este modo, puedan acceder sin limitaciones todos los que quieran estudiar, cualquiera que sea su condición económica o lugar de nacimiento.

Mientras que un joven quiera asomarse al significado total de las cosas y, por tanto, de su vida y de su profesión, haciéndolo en libertad, sin escantimar esfuerzos ni tener reservas, incorporándose plenamente en la comunidad de los que aman apasionadamente la búsqueda de la verdad, tendrá la universidad católica su futuro asegurado.